

## *Cuentos ciertos*



Retrato de Max Aub en su biblioteca particular  
[Casa de Euclides, 5, México, D. F. (México), 1955], Anónimo,  
Fundación Max Aub, caja 42-20.

## Una canción

*A Joaquín Díez-Canedo*<sup>1</sup>

El sol restalla y la tierra está sorda. Nada tiene sombra.  
Solo bajo las piedras está la frescura, el agua y la muerte.

También el sudor es sordo<sup>2</sup>. Allá, abajo, el riachuelo está  
seco; cauce de piedras, cantos, arena y polvo: lecho de nadie.

Se desprende una hoja de olivo, y cae: acontecimiento\*.  
Gira lenta, roncera<sup>3</sup>, despacio, sostenida por el calor, antes

---

<sup>1</sup> Enrique Díez-Canedo (1879-1944), crítico literario de primera fila en la España de la Edad de Plata, fue valedor y amigo de Aub, que lo homenajeó en numerosas ocasiones, hasta incorporarlo como personaje en *Las buenas intenciones* y *La calle de Valverde*. Don Enrique, que también fue diplomático de la República, animó asimismo el ambiente cultural del primer exilio mexicano, hasta su muerte en 1944 (Jiménez León, 1998). Su hijo Joaquín (1917-1999), que se reunió con su familia en México a comienzos de los años cuarenta, colaboró inicialmente con el Fondo de Cultura Económica para luego impulsar, a partir de 1962, la editorial Joaquín Mortiz, puerto de arribo para jóvenes autores hispanoamericanos, exiliados españoles y antifranquistas del 'exilio interior' (Díez-Canedo Flores, 2011). Con Mortiz Aub mantuvo una fructífera colaboración, publicando en su catálogo una docena de títulos (entre ellos, *Campo del Moro*, *Historias de mala muerte*, *Campo de los almendros* y *La gallina ciega*).

<sup>2</sup> Los retruécanos basados en la paronomasia, que aparecen con frecuencia en este relato («sudor»/«sordo», «barrosa»/«borrosa», «compañero»/«campana», «olivar»/«olvidar»...), son un auténtico tic del estilo de Aub, tanto en los pasajes retóricamente más elaborados, de los que *Una canción* es una buena muestra, como en las ocurrencias humorísticas que suelen amenizar los diálogos de sus personajes.

<sup>3</sup> «Tardo y perezoso en ejecutar lo que se manda», o quizás, aprovechando otra posible asociación analógica, «Dicho de una embarcación:

de depositarse, parsimoniosamente, en el polvo ardiente del olivar. Una hoja de olivo es una hoja pequeña, una hoja gris y pequeña, gris de polvo y de sol, verde\*.

Entonces llega la canción, una canción lejana de sierra lejana, de campo llano y sombras de atardecer; la canción que se lleva adentro, y\* que, de pronto, viene por el aire irrespirable\* del mediodía de fuego. La canción vieja del mundo viejo.

Olivar vetusto\*, blanca ladera rojiza, piedras blancas de los bancales y la hoja del olivo cayendo por el azul azul del cielo.

La canción, la vieja canción.

Todo existe. Sí: ahora suena un tiro y hay un muerto tirado, panza arriba, tras el tercer olivo, a la derecha. Un muerto de mi compañía. Un muerto que me hace compañía. Un compañero muerto en campaña, en el campo, al duro sol que merodea allá arriba, verdadero.\*

La canción, la vieja canción, que viene del otro lado del muerto.

España, toda España.

(Las moscas verdes sobre la herida negra: apretadas, juntas, quitándose el puesto las unas a las otras, procurando que la sangre no se seque, pequeño oasis, fuente\* imperceptible ya barrota y borrosa. Ahí, con sus trompas, no dejando que se seque. ¡Que mane, Dios de las moscas verdes, que mane todavía un poco, que no se seque! Las moscas verdes, tornasoladas, calientes, en piña, amontonadas, a granel, semillas de muerte, pléyade familiar, ya más de él que de ellas. Racimo moviente, única vida que le queda.\* Y el sol tremendo, a plomo.)

Hasta la noche no se le puede buscar.\*

Ahora disparan a la izquierda, pero con desgana: las balas que más duelen. Morir en un ataque es cosa leve, o\* rechazándolo: no le pasan a uno por encima. Se puede más.

---

Tarda y perezosa en el movimiento» (*DRAE*). Nótese cómo a partir de *CC*Aub descarta el adverbio común de *SE*, «lentamente», también, creo, para evitar la cacofonía con el sucesivo «parsimoniosamente».

Pero así, tontamente, ¡habiendo tanto aire!, que le den a uno por casualidad. Balas perdidas. Disparar por no hacer otra cosa, por no dormirse.

Olivar\* al mediodía, leve declive escalonado. Chicharras. Achicharrado.

El olor del sol, y el fusil a mano. Y la canción lejana. ¿Quién canta? Uno de por aquí, o aquel bizco, de Córdoba.

No se mueve nada. ¡Que nadie se mueva! Mediodía. Nada se mueve. ¡Oh, torcidos troncos retorcidos, grises, que continuáis creciendo al ritmo de la tierra!

La canción, otra vez, y una hormiga. Una vieja canción cualquiera:

*En el alma te tengo  
tan a lo vivo,  
que despierto soñando  
siempre contigo.  
Y en despertando  
me digo yo a mí mismo:  
vamos soñando<sup>4</sup>.*

Seguidilla de la tierra: yo soy el muerto. La hormiga, negra, sube por el tronco, vivo y muerto. Vivo y muerto, como yo. Uno vive siempre y siempre está muerto: fuera\* y dentro; de arriba, abajo; de las raíces al pelo.

La canción, la vieja canción.

La guerra, estamos en guerra. Matar y morir. La hormiga se metió por un gran agujero. Sol de mediodía. Ni un sopló. Las chicharras y el silencio.

Olivar: olvidar. Y dormir. Pero si me duermo, me puedo morir sin darme cuenta, y siempre hay que morir con los ojos abiertos.

---

<sup>4</sup> Fernán Caballero (1859, 286) recogió la letra de esta canción en la sección de boleros de sus *Cuentos y poesías populares andaluces*.

¿Quién eres tú?

(A veces, uno vuelve solo a casa, después de la lluvia. El cielo está más azul, con nubes. Los charcos brillan entre el lodo. Los setos verdes y negros. La hierba, todavía mojada. Los zapatones embarrados, los carriles con aguas paralelas, de trecho en trecho, plata. La niebla dormida en las laderas de los oteros. Transido. El airecillo frío. Allá arriba. Parece mentira que sea también España.)\*

El olivar, oro.

Yo soy el muerto, todavía vivo. Yo vivo, todavía muerto. Me pegaron un tiro entre los dos ojos. Sordo sudor sordo, mudo\*. Mediodía de plomo ensordecedor. Peso hundido, mudo\*.

¿Quién recuerda el recuerdo? Yo. Pero, ¿qué recuerda el recuerdo?

Quema el cerrojo. Si atacaran, ¿qué haría yo? Pegarme a la tierra, entre el tronco y esta piedra. Olivar, ¿te estremeces? ¿Es posible que sea el viento? No: la calentura del sol. Todo quieto, todo blanco, todo rojo.

La hormiga ha vuelto a salir del agujero del tronco, empujando algo blanco, un grano. ¡Qué sueño! ¿Qué sueño? Y aquel —¿de Córdoba?— otra vez, cantando:\*

*En el alma te tengo  
tan a lo vivo,  
que despierto soñando  
siempre contigo.  
Y en despertando  
me digo yo a mí mismo:  
vamos soñando.*

Allá\*, entre las líneas, por el arroyo —ni nuestro, ni de ellos— de pronto, cola al aire, husmeando, un perro<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Detalle de clausura muy del gusto de Aub: *Campo cerrado* termina con «A lo lejos ladra un perro» (Aub, 2001b, 273), *Librada* con «En el cementerio, un gato rondaba la tumba de Librada» (pág. 362).

## La Ley\*

Manuel García Cienfuegos se cuadró a su pesar:

—¿Yo, defensor?

—Sí.

Miró a su comandante con fijeza y arqueó las cejas.

—Y no pongas esa cara de imbécil.

—No he estudiado derecho.

—¿Comercio, no?

—Unos años; otros medicina. Pero soy perito agrónomo.

—Lo que eres es capitán. Y vas a defender a esos individuos.

—Nos ha amolao<sup>1</sup>...

—Ahora sí, te cuadas, das media vuelta y te vas. Tienes un par de horas para estudiar el sumario. Te advierto que estoy obrando con todas las de la ley. Puedo nombrar defensores de oficio, escogiéndolos entre los oficiales, si faltan letrados.

—Como quieras. Salud.

Manuel saludó, se encogió de hombros y salió de la cocina de la masía, que era —desde hacía tres días— puesto de mando del batallón.

Afuera no se veía ni gota; noche de noviembre cerrada y el agua, cayendo mansamente, sin repiqueteo, aumentaba

---

<sup>1</sup> Coloquial por 'fastidiado', que se utiliza más abajo.

el silencio y el espesor de la oscuridad. Se envolvió en su poncho y, a tientas, se fue hacia la techumbre que resguardaba la paja sobre la que dormía.

«Nos ha fastidiado el gordo ese. ¿Qué se ha creído? ¿Que para despachar a esos dos al otro mundo tiene necesidad de fastidiar a los demás?»

Desechó la mala intención, que fue una de las cosas que primero se le ocurrieron. ¿Por qué? No, Santiesteban no la tenía tomada con él, ni los presos eran particularmente amigos suyos; lo cual podía justificar el que se le hubiese escogido por defensor de su causa perdida. No: la casualidad, el primer nombre que se le debió ocurrir entre los agregados al Estado Mayor.

Llevaban dos semanas de retirada y a aquellos dos imbéciles se les había ocurrido pasarse al enemigo. No eran los primeros, ni serían los últimos. Pero lo hicieron tan mal...

Desertores cogidos *in fraganti*, el resultado del consejo de guerra no podía dejar lugar a dudas, pero había que cumplir con las formalidades de rigor. (¿De rigor? —se preguntaba Manuel—. Hay palabras que ni pintadas...) El paripé: los jueces, el fiscal, el defensor. El defensor era él. Había hecho muchas cosas en su vida, y pensado ser muchas, pero eso de verse convertido en abogado nunca se le había ocurrido. Además, ¿defender a unos desertores? «¿Entonces, qué? ¿Voy a tener que identificarme con su manera de ser, con su manera de pensar? Me parece que es lo correcto. ¿De otra manera, cómo podría hacerlo? ¿Qué sumario ni qué narices! Lo que debo hacer es hablar con ellos». —Oye tú, Germán, déjame tu lámpara.

Los tenían encerrados en una porqueriza. El uno se llamaba Primitivo Ramírez, el otro Domingo Soria. Primitivo era cocinero. Domingo había llegado con la última remesa de movilizados. Era un hombre de treinta y cinco años que ya peinaba canas, chato, taciturno y malhumorado, alto, cargado de hombros; con su media nariz subrayada por un bigote regularmente poblado, el hablar

quedo y tamañas manazas. Agente de aduanas, hijo de familia sin familia: tíos y gracias, pero la mitad de las acciones de la empresa eran suyas; agencias en Port-Bou y en Irún, despachos en Barcelona, en Bilbao, en Madrid, en Valencia. Un buen negocio, saneado, sin preocupaciones, fundado en 1882.

Solía vivir en Barcelona, pasar los veranos en San Sebastián y, al socaire de la Concha, examinar el estado de cuentas de las agencias próximas. Tenía amigos, ninguno íntimo; amigas, ninguna querida. Se guardaba y resguardaba de todo, y una manía: los seguros. Estaba asegurado y contraasegurado de y contra todo. Nunca le había sucedido nada: nadie le robó, nunca se le incendió su automóvil. Pero vivía tranquilo: la sociedad y las sociedades le resguardaban. Además, obtenía condiciones muy ventajosas, porque la índole de su negocio le obligaba a asegurar las mercancías que pasaban por las manos de sus empleados. Desapercibido, todos le respetaban. Nunca fue nadie como no fuera, como sucedió, soldado de cuota. Y aun en eso tuvo suerte, que salió libre. Era de la quinta del 22 y pudieron haberle enviado a Marruecos<sup>2</sup>. Se libró de todo sin hacer nada. Los hay con suerte, se decía, sintiéndose asegurado.

Le gustaba la ópera y le bastaba con la temporada del Liceo<sup>3</sup>. A Francia iba, de cuando en cuando, para que no dijeran, dejando aparte las estancias obligadas en Perpiñán y en Bayona, por aquello del negocio.

Tuvo una aventura con una francesa divorciada, en Tolosa, que amenazó durar. Cortó por lo sano; no se sentía

---

<sup>2</sup> Es decir, enviado a la Guerra del Rif como *quinto* (soldado forzoso). Con la legislación de 1912, aprobada bajo Canalejas, los *mozos de cuota* eran los que podían reducir su servicio en filas a diez o cinco meses, pagando respectivamente una cuota militar de 1000 o 2000 pesetas (Molina-Luque, 1998, 41-50).

<sup>3</sup> Teatro histórico de la Rambla barcelonesa, igual que el Principal, que se menciona más abajo.

seguro con una mujer que solo chapurreaba español con tal de amarrarlo — o así se lo figuró.

De política no se había ocupado nunca, jamás votó, y le tenía sin cuidado lo que le parecía una cosa sin importancia. Mandaran liberales o conservadores, rigiese la constitución o una dictadura, estuviese al frente de la nación un rey o un presidente, lo mismo le daba, ni siquiera el cataclismo de 1936 le hizo tomar partido, hijo que era de castellanos, nacido en Port-Bou. Más le importaban las revistas del Principal, pero sin entusiasmo. Había leído alguna novela de Pedro Mata, otra de Alberto Insúa<sup>4</sup>. El mundo era inmutable y los pequeños cambios superficiales no podían afectar, de ninguna manera, la organización secular que le sostenía a él, Domingo Soria, lo único que contaba de verdad en el mundo, además de su razón social: Soria sobrinos, sucesores de Soria hermanos.

Ni la proclamación de la República, ni los sucesos del 34 lograron hacer mella en su seguridad. El negocio seguía invariable, con sus pequeños altibajos en los beneficios, pero siempre suficientes para pagar las primas de sus cuantiosos seguros. Estaba en San Sebastián el 18 de julio de 1936, el 24 en Francia y se presentó en Barcelona el 28. En su oficina, nadie se extrañó al verle llegar. El contable principal se había hecho cargo del negocio, ya socializado. Le ofrecieron un sueldo —quince pesetas— si quería seguir acudiendo al despacho. Aceptó y nadie se metió nunca con él.

Tenía bastante dinero en sus cuentas corrientes para poder seguir viviendo como de costumbre. En el fondo estaba

---

<sup>4</sup> Tanto Pedro Mata (1875-1946) como Alberto Insúa (1883-1963) fueron escritores españoles de gran éxito en el primer cuarto del siglo xx, sobre todo gracias a sus novelas amorosas. En el *Discurso de la novela española contemporánea*, Aub los recuerda, junto con Antonio de Hoyos y Vinent (1884-1940), entre los escritores menores del período noventayochesco (Aub, 2020a, 88).

absolutamente seguro de que aquello duraría poco y que, al resolverse la situación, todo volvería a su cauce. Lo mismo le daba que triunfaran unos u otros, y era lo bastante prudente para callarlo. La Victoria, de Berlín, el Crédit Bancaire de Lyon y la London Assurance le hicieron saber que sus pólizas seguían en vigor y que no se preocupara por el pago inmediato de sus primas si surgían dificultades para la salida de divisas.

Cuando el gobierno de la República se trasladó a Barcelona<sup>5</sup>, encontró a un subsecretario amigo que le libró de la movilización afectándolo a un ministerio, al que ni siquiera tuvo que acudir. Sus amistades en la frontera y en Perpiñán le permitían importar víveres, con los que compraba pequeños favores. Los feroces bombardeos de marzo de 1938<sup>6</sup> le removieron las tripas y —con las ruinas a la vista— pensó que los rebeldes ganarían la guerra. Lo único que le importaba es que fuera cuanto antes. El fervor popular le tenía sin cuidado, pero tampoco quiso afiliarse a una organización clandestina, tal como se lo propuso Ángel Soler, vecino suyo, hombre de edad, de pronto reverdecido por el peligro.

En la segunda quincena de agosto de 1938, todos los que vivían en Barcelona comían casi exclusivamente lentejas<sup>7</sup>. Domingo Soria vio bajar alarmantemente los niveles de su despensa; le tranquilizaba la espera de una buena remesa de víveres que su amigo el subsecretario había de traerle uno de los días siguientes. El 18, fecha que no olvidaría, decidió ir a cenar a un restorán, por entonces flore-

---

<sup>5</sup> El 31 de octubre de 1937.

<sup>6</sup> Los bombardeos continuos que efectuó contra el centro de Barcelona la aviación fascista italiana, entre el 16 y el 18 de marzo de 1938, causaron más de 980 muertos (Poblet i Feijoo, 2005, 21-30).

<sup>7</sup> La penuria de alimentos en la retaguardia, que hizo omnipresentes las famosas «píldoras del doctor Negrín», es un motivo recurrente a lo largo de *Campo de sangre*, ambientada en la Barcelona de 1937-1938: «Lentejas a mediodía, lentejas por la noche y medio panecillo» (Aub, 2002, 213).

ciente, en un sótano de la Plaza de Cataluña. Dinero no le faltaba y el hombre se olía que poco había de valer al entrar las huestes de Franco en Barcelona. Comiendo pescado le sorprendió la policía militar, que andaba a la captura de desertores: faltaban hombres en los frentes. No le valió su nombramiento. Si el subsecretario hubiese estado en Barcelona es evidente que lo hubiera sacado del cuartel donde lo internaron; pero estaba en París y no volvió sino cinco días más tarde cuando ya nuestro hombre estaba en Reus. De allí, una semana después, tras haberle enseñado el manejo del máuser, lo enviaron a Tremp y de allí al frente<sup>8</sup>.

Domingo Soria estaba muerto de miedo, de miedo de que lo mataran. Lo demás le tenía sin cuidado, ni siquiera le molestaban las naturales incomodidades impuestas por la situación. Referente a la comida en seguida había hecho buenas migas con Primitivo Ramírez, bilbaíno gargantúa que se había aferrado desesperadamente a la cocina desde hacía meses, bien visto de todos, porque sabía darle algún sabor a lo más desabrido. Había sido cocinero de buen hotel, que Domingo conocía.

Cuando los fascistas tomaron Bilbao, Primitivo fue a Santander; cuando ocuparon la Montaña, pasó a Asturias<sup>9</sup>, de allí a Francia y luego, aquí estaba, en su fogón. La mujer se había quedado en Bilbao, a punto de parir. Ahora era padre de un niño, que es todo lo que pudo saber. Hablaba poco, y solo de eso; socialista, porque todos los bilbaínos decentes lo eran.

---

<sup>8</sup> Tremp, localidad de la provincia de Lérida importante por su central hidroeléctrica, cayó en manos nacionales el 7 de abril de 1938. A juzgar por la cronología interna del relato, aquí Aub debe de referirse a una fase de la batalla del Segre en el verano de 1938.

<sup>9</sup> Los periplos de Primitivo corresponden a las etapas de la derrota republicana en el frente del norte: tras la caída de Bilbao (19 de junio de 1937), los nacionales conquistaron la Montaña con la campaña de Santander (agosto-septiembre) y a finales de octubre ocuparon definitivamente Asturias (Thomas, 2018, 747-789).

Huérfano desde que tuvo uso de razón, lo recogió un pariente lejano, portero del Hotel Inglés; pinche tan pronto como pudo serlo, su mundo, la cocina. Un universo cómodo. Se casó con una camarera —de Deusto era ella— y fue feliz.

—Militares tenían que ser...

Ahora había vuelto a blasfemar, vicio que Begoña le había quitado en un santiamén, muy de iglesia la moza.

Hasta ahí no le mintió Domingo Soria a Manuel García, en la porqueriza, como no fuera el asegurarle que siempre había sido republicano de pro. Por otra parte, nadie podía probarle lo contrario. Lo de pasarse al otro lado, era otro cuento. Aseguró que nunca fue esa su intención; quedaron rezagados, él y Primitivo, y se desorientaron. ¿A quién no le sucede? ¿Que por qué se quedaron atrás? No es que se quedaran, volvieron; a Primitivo se le habían olvidado unas latas de sardinas, y, en las circunstancias actuales, no era cosa de dejárselas al enemigo.

—¿Es cierto eso?

—Sí, mi capitán —aseguró el bilbaíno, tras dudar un momento.

—¿Cuántas latas eran?

—Tres —dijo el cocinero, sin darse cuenta del despropósito.

—Tres cajas de cincuenta —acudió a corregir el catalán.

Iba a protestar Primitivo cuando, a la luz de la bujía que les iluminaba, vio los ojos de su compañero y se calló.

—Y luego, en vez de irse a reunir con el batallón, se fueron hacia las líneas enemigas...

—Ya le dije que nos desorientamos, mi capitán.

—Si no es porque les sorprendió una patrulla, se pasan...

—No, mi capitán.

—Yo creo que es mejor que me digáis la verdad. Conmigo no os comprometéis, soy vuestro defensor. A ti —le dijo a Domingo— casi no te conozco; pero a ti, cocinero, sí. ¿Querías ver a tu hijo?

—Pues, sí, señor. ¿Y usted cree que nos vayan a fusilar por eso?

—Conocéis las ordenanzas. Pero yo haré todo lo que esté en mi mano.

—Usted es muy amigo del comandante...

—No creas que sirva para gran cosa.

—Pero usted puede alegar que nos perdimos —imploró Domingo.

—¿Quién lo va a creer?

—¿Qué razón tenemos —o tengo yo— para pasarme?

—Tú lo sabrás.

—La mayor parte de mis negocios están en Barcelona y en Port-Bou. Además soy muy amigo de...

—Ya me lo has dicho.

—¿Y eso no sirve de nada? Él responderá.

—No creo que de aquí a dos horas se pueda consultar.

—¿No se podría posponer el consejo de guerra?

—No lo creo.

—Inténtelo. Se lo... (Iba a decir «se lo agradeceré toda la vida», pero se calló).

Manuel García ni siquiera se preocupó por saber quién había sido el inductor. La cosa estaba clara. Salió encogiéndose del cuchitril y se fue a pasear por el campo. Empezaba a amanecer. Ya no llovía, pero todo el suelo era lodazal. El techo de la masía se recortaba moradísimo en un livor ajeno. Un árbol, desnudo del invierno, calcaba las raíces de sus ramas en el hálito del día próximo. Dos hombres, encapuchados, chapoteaban alrededor del pozo. Manuel atravesó el patio —el gallinero vacío, la caballeriza vacía— y salió al campo. Cerca del portón, un arado volcado levantaba el filo de su vertedera hacia el cielo preñado de agua.

Una larga alameda atravesaba el llano mundo labrantío. Manuel, sin cuidarse de los charcos, bien protegidos los pies por fuertes botas de campo, no hallaba salida.

«Dos vidas, puñeta, dos vidas y yo su defensor. No es broma. Soy su defensor. Los tengo que defender. ¿Cómo? No soy abogado. ¿Qué sé yo de eso?» «La Ley».

Se le revolvió la sangre contra su comandante. «¿Qué tengo que ver yo con eso?» Pues sí, tenía que ver. Se ciscaba en la guerra. «Matar, bueno, un fusil en la mano, como fuera. Pero defender... ¿Al fin y al cabo no defendía a España contra los vendidos? Pero, ¿defender a unos que se iban a pasar? ¿A unos desertores? El catalán ese, no me va ni me viene, pero Primitivo, el *Cochinero*...»

Se detuvo.

«No. Si de veras quiero defenderlos, me tengo que poner en su lugar. ¿O no? ¿Cómo lo haré mejor? Si fuera abogado es evidente que podría asumir una posición ecuánime, ver las cosas desde fuera, sacar argumentos de la bolsa del derecho. Pero el caso es distinto: si los quiero defender —que no quiero, pero debo—, me tengo que poner en su lugar. Y hacer todo lo que pueda. ¿Y qué puedo hacer?»

No se le ocurría nada, como no fuese echar pestes del comandante.

«¿Por qué me había de tocar a mí la defensa? Y a esos dos me los van a fusilar ahí, contra la tapia. Dos seres vivos, ni mejores ni peores que yo. ¿Por qué se dejaría embaucar Primitivo por el tipo ese? Y ese Domingo del demonio... Tampoco parece mala persona. A lo mejor, al intentar pasarse los hubieran frito a tiros. Dos más a los gusanos ¿qué importancia tiene? Ninguna. Lo único es que los tengo que defender. Y Primitivo... ¿Qué hago? ¿Doy por bueno eso de que se despistaron? Lo de las sardinas no se lo va a creer nadie. ¿Me limito a pedir benevolencia al tribunal, sabiendo que no hará caso? No, puñeta, yo soy defensor, abogado defensor. ¿No es para reírse? No, no es para reírse. Son dos vidas».

Y le salían los tacos en retahíla. Además, se le helaban los pies. Ya casi era de día. El pardo de la tierra cobraba su color. De las ramas desnudas caían algunas gotas, una se le metió por el pescuezo y le produjo un escalofrío. El deseo de una taza del llamado café caliente, le hizo más punzante la presencia mortal de Primitivo.

Hizo cuanto pudo. El consejo de guerra se reunió en el granero. Manuel se sorprendió de su propia elocuencia. Resultó que no tenía que defender a Primitivo, sino únicamente a Domingo Soria. La defensa del cocinero fue encargada a otro capitán que se limitó a pedir clemencia, dados los antecedentes del inculpado. Ni la parquedad del uno, ni la insistencia de Manuel García sirvieron para nada. Los hechos eran claros y la sentencia sin remedio.

Fue el defensor a pasar los últimos momentos con su defendido; cada uno de los condenados tenía ahora una porqueriza para él solo. A Manuel le había entrado un verdadero afecto por aquel hombre que iba a morir un poco por azar (—Si yo no hubiese ido a cenar aquella noche al restorán aquel de la plaza de Cataluña... —Si el subsecretario hubiera estado en Barcelona...). Hablaron de la ley, de lo inexorable de la guerra, de la disciplina. Enhebraron lugares comunes: la Ley, las leyes, sin leyes no se puede vivir. Hay que respetarlas. Es la norma de las cosas. El bien de todos.

Manuel se preguntaba si no estaba desvariando. No. Tenía razón. La Ley. Tal vez aquel hombre comprendía que su sacrificio era legal y aquello aplacaba sus nervios.

—¿Usted no sabe nada de seguros de vida?

—No. Francamente no. Siempre creí que se trataba de un engañabobos.

Domingo Soria defendió los seguros de vida. Pero ahora no sabía si su muerte —la clase de muerte que la suerte le deparaba— entraba en las cláusulas de sus pólizas. Y no las tenía a mano. Encargó a su defensor que entrara en posesión de las mismas, tan pronto como fuera a Barcelona, e hiciese cuanto le pareciera prudente. Así se lo prometió Manuel.

Se sorprendía de la tranquilidad del futuro muerto. En el fondo, estaba satisfecho de su comportamiento, del suyo, del de Manuel García Cienfuegos, y de lo bien que había hablado y sobre todo del acierto que había tenido, ahora, al traer

a colación la ley y su inexorabilidad, sustento del mundo. Se daba cuenta de que, por instinto, había dado en el único —¿el único?— clavo sedante para su defendido. ¿Por qué no estudiar Leyes al acabar la guerra? Desde luego era una barbaridad matar a un hombre por un hecho tan nimio como ese intento fallido de pasarse al enemigo. Bueno, pero ese era el punto de vista del ciudadano Manuel García, perito agrónomo. No el del capitán García Cienfuegos, menos todavía el del abogado Manuel García Cienfuegos.

De buen grado hubiese insistido acerca de ello, si el tiempo no fuera pasado. Domingo le entregó su pluma estilográfica, su reloj y su cartera, con encargo de hacerlos llegar a sus socios. Le regaló su encendedor, en prueba de agradecimiento. El hombre no flaqueaba.

—No se preocupe, capitán, es la Ley\*.

La Ley que había respetado toda su vida.

—Usted hizo cuanto pudo. Se lo agradezco.

Lo sacaron al campo y, mientras se procedía a las formalidades de rigor, Manuel se acercó a su comandante.

—Oye tú. ¿No habría manera de aplazar la ejecución? Es una persona decente.

—Por lo visto, has tomado tu nuevo oficio muy en serio.

—Si quieres. Pero, de verdad...

—A lo tuyo.

No tenía sino resignarse. No era contra la tapia, sino en pleno campo. Ya estaba formado el pelotón: cinco hombres, que no había más disponibles. El pobre Primitivo no se tenía. Manuel, que marchaba al par que Domingo, sintió cierto orgullo por la entereza del condenado, del suyo.

Marcial mandaba al pelotón.

Eso lo hizo reconciliarse a medias con el comandante. No por dar las órdenes, sino por aquello del tiro de gracia. (¿De gracia?) Podía haberle tocado a él. Prefirió su papel. Pero, de verdad, ahora que se acercaba el momento de la descarga y de la muerte de Domingo Soria, no las tenía todas consigo.

Echaba pestes de la guerra. ¿No era suficiente matar a los enemigos declarados?

El campo se abría, desolado y asolado. Ahora habían cobrado cuerpo unos cuantos setos que separaban diversas heredades.

Quién sabe por qué, a esa hora triste, el campo no parecía tener fin. La tierra era plana y el sol, invisible, estaba fijo. No habría otra noche. O, mejor, la noche ya había caído para siempre sobre Domingo Soria, y él tenía culpa en parte, en parte muy exigua, pero la tenía.

No los ataron, ni les vendaron los ojos.

—Apunten...

Domingo Soria echó a correr como un desesperado, como un conejo.

—¡Fuego!

Todos los del pelotón apuntaron a Primitivo, que no se había movido. Cayó blandamente.

Manuel García Cienfuegos, como un loco, echó a correr tras Domingo, desenfundó su pistola y vació todo su cargador contra el fugitivo. Domingo, más ligero, se perdió tras los setos.

A Manuel se le revolvía la sangre. ¿Para eso tanto respeto por la Ley? Estaba condenado, ¿no? ¡Pues a morirse como los hombres!

El comandante le miraba asombrado.

—¿Por qué no disparasteis contra él?

—Estabas tú entre el pelotón y el fugitivo.

—Pero, la ley...

Se calló, miró a su superior, sonrió:

—Cómo cambian los hombres...

—No lo sabes bien.

## Espera\*

Llueve menudo. La masada<sup>1</sup>, viniendo de Sabadell<sup>2</sup>, no revela su condición: achaparrada, sin luces, los muros sucios de una lechada añosa, algunos olivos en abrazadera de campos. Una tapia alta corresponde\* al patio y las dependencias, que en sus tiempos aquello fue almazara<sup>3</sup>. El sobrado se esconde bajo tejas pintonas. Perdidos en la extensión, quien se fija percibe los aviones, quien da la vuelta a la fábrica descubre los hangares. Muy a lo lejos otra alquería, en el otro extremo del campo, cobija soldados y oficiales. La carretera se desfonda de tantos ires y venires, luego sigue la vía del ferrocarril, y mejora.

A lo lejos el Tibidabo, verde oscuro, heraldo de Barcelona. Espero, desde las tres de la tarde, la llegada del aparato que me ha de llevar al Centro. Las horas pasan lentas, perdidas, pesadas de espera. Las ideas no llegan a concretarse: van y vienen, entremezcladas: Elisa, el frente, el mal tiempo, la ayuda internacional, el hambre, el frío, la lluvia, los

---

<sup>1</sup> Variante de *masía*, «Casa de labor, con finca agrícola y ganadera, típica del territorio que ocupaba el antiguo reino de Aragón» (*DRAE*).

<sup>2</sup> Como sugiere el subtítulo de su primera versión, publicada en *SE*, el cuento está ambientado en el aeródromo de Sabadell. Las alusiones internas, que anotaré más adelante, permiten precisar más su cronología entre finales de marzo y comienzos de abril de 1938. El propio Aub indicó la fecha de abril de 1938; véase el estudio introductorio, pág. 15.

<sup>3</sup> «Molino de aceite» (*DRAE*).

motores, la velocidad, la soledad, el color tamizado de las lejanías; la ciudad, rojiza de sus tejados, el paso del tren, las manos: ¿más calientes en los bolsillos del pantalón o enguantadas en la guerrera?, ¿a qué hora llegaremos a Albacete? El cielo sin color, con escurriduras de carbón. Elisa. La guerra y la paz.\* Unos mecánicos se afanan, en silencio, alrededor de los cilindros de un motor nuevo. El teléfono funciona continuamente. Quieras que no, cada vez que le oigo me acerco al despacho que lo encierra.

—¿Nada?

—Nada para usted.

La soledad, el silencio del campo, espaciados\* martillazos, luego cruza un tanque de gasolina. Si llama otra vez el teléfono no me acercaré: a ver si es para mí... ¡Cuántas supersticiones! ¡Cuántas cosas de adentro a escardar todavía! Siempre nos quedaremos en las orillas de nuestra vida. ¿Qué hacer para vivir de verdad? ¿No vives? El cielo tiene sus culpas; con sol las preguntas son menos. No hay más vida que esta lucha nuestra cerrada. Lo demás es muévedo<sup>4</sup> y dolo.

Cruzo el campo chapoteando charcos y la hierba rala. Bajo las alas de un trimotor empotrado, con sus motores enfundados, charlan tres o cuatro. Más allá los restos retorcidos de otro aparato. Llego a la alquería y subo —por tercera vez en dos horas— al despacho de la *Meteo*:

—¿Nada?

—Nada.

—¿Y el tiempo?

—Mejor en Tarragona.

Anochece ahora de verdad. Vuelvo\* hacia los hangares. Llueve menudo. No hacer nada, reconcomerse; no poder pensar en nada preciso, idas las ideas a medio camino. No estaba preparado al descanso. Me coge sorprendido el pa-

---

<sup>4</sup> Vocablo raro por «Feto abortado o expelido antes de tiempo» (*DRAE*).

réntesis.\* ¿Volver a Barcelona? El avión puede llegar de un momento a otro. Recostado contra la caseta del teléfono, releo los anuncios de la *Vanguardia*. Cayó la noche, tan largo el tiempo que no la sentí. Las ocho: avisan que *El Dragón*<sup>5</sup> ha aterrizado en Valls. Que vendrá. Que espere.

Me recojo al interior de la casa. Del hangar se pasa al patio. A la flaca luz de una bombilla el centro blanco de una yuca aparece como un fantasma. Corren a lo largo del pie de las paredes descuidados arriates. Los hilos menudos de la lluvia se doran a su paso por la luz. En el zaguán oscuro la horca enorme de las manceras curvas de un arado asido por telarañas, contra la pared. Que el campo era antes campo. Una cantarera vacía al fondo, unos aperos olvidados descansan en ella. El suelo, recién barrido, duro, desigual; un azulejo de seis ladrillos muestra entre una orla de flores y frutos a la Virgen del Rosario; el polvo, levantado, se reparte por los paramentos formando, al sesgo de la escasa luz, aborbelladas nubes, dando profundidad a lo que no la tiene. A la izquierda un algarín<sup>6</sup> oscuro.

Tuércese a la derecha para dar a la cocina, que sirve para todo. Baja de techo, córrele por la pared más larga, bajo un alízar blanco, una larga losa de piedra artificial que encastra una pila de mármol donde, culo al aire, se secan una veintena de copas, bajo un escurridor, donde cuatro platos descantillados dan a entender que si allí se da de beber no se espere comida.

El payés se ha vuelto ventero a la suerte de las armas. El tal no aparece; lleva\* el improvisado mesón su cónyuge ayudada por una moza: el servicio es fácil y la ganancia buena; solo hay coñac y anís y a peseta la copa —y estas de más vidrio que cabida—; las mujeres las desbordan al ver-

---

<sup>5</sup> Parece referirse a un De Havilland DH.89, comercializado con el nombre de Dragon Rapide, que, como es sabido, fue el avión inglés que trasladó a Francisco Franco de Canarias a Marruecos (Thomas, 2018, 228).

<sup>6</sup> Aragonesismo por «Aposento o cuarto pequeño y bajo para guardar o recoger algo» (*DRAE*).

ter, a pesar de los rezongos de los finolis —por la pringue de los dedos— y de los ansiosos, por lo perdido. De la habitación vecina —el dormitorio de la honrada pareja—, donde está prohibido pasar, solo se alcanza un quinqué de globo blanco y pie de vidrio anisado con filetes de oro.

La chimenea de campana ocupa un\* tercio de la cocina. De una cadena lustrada, carcomida y negra por los años, pende un candil olvidado. Alrededor de un escaso fuego, donde, sobre unas trébedes, anda plantada una olla pequeña, tres hombres adormilados. Ya cano, cae\* requemado un trozo de leña. Se oye el latido fuerte de un despertador, el chirriar de unos goznes. Se siente la gran manta de la lluvia.

Así es como viene, lenta, la soledad. Algún auto abre un mundo de puntos suspensivos de agua lenta en la noche\* negra. Un aire fresco penetra de pronto en la estancia. Enciende un cigarrillo. Alguno me mira con envidia.

¿Dónde están mis amigos? La guerra. El frente. Mundo revuelto. La soledad. ¿Cómo he de escribir esto que anoto\*? ¿Cuántos miles han sentido lo que me pasa\* y no puedo reflejar? La soledad se convierte en melancolía, en recuerdos imprecisos de paisajes y personas queridas y fugaces, inaprehensibles. Así viene la tristeza, callada. Pesadumbre del cuerpo, incapacidad de mover un brazo. Entumecimiento. Lentitud del rodar del mundo, desaliento. Ya debe de andar mediada la noche.

Me sirvo otra copa de anís sacarinoso. Las paredes sucias, la campana de la chimenea se deshace hacia el techo en ocres y negros repiqueteados por las moscas. Intento no apoyarme en la mesa pequeña y paticoja: me molesta su inseguridad. De cuando en cuando entra uno, de mono, y dice, a media voz:

—Salud.

Mira y se va. En la esquina, como un trapo, duerme encaracolado un gato negro.

Suenan las sirenas de la alarma. Nadie se mueve. A lo lejos, sobre Barcelona, los antiaéreos. Ni siquiera salimos a mirar. Luego la calma y de nuevo la sirena.

A la una se oye el ronroneo de un motor. Salgo al hangar, veo encenderse el balizaje rojo, luego el reflector del extremo del campo. Ha dejado de llover.

—No. Quédese aquí. Ya le avisarán.

Se apagan las luciérnagas coloradas.

—Ha tomado tierra.

—Todavía tendrá\* que esperar algún tiempo. La gasolina...

—Supongo que no saldremos hasta la madrugada.

Vuelvo a la cocina. Decido amodorrarme bajo la campana, al amor del fuego; retiro la silla del contacto de la pared y la echo atrás buscando un ángulo cómodo a la espalda. Entre sueños creo reconocer a Herrera en el centro de la habitación. Es Herrera. Salto de mi cuchitril.

—¿Qué haces por aquí?

Nos abrazamos.

—¿De dónde sales? ¿Caes del cielo? (Me lo dice por el escotillón de la chimenea.) No nos hemos visto desde lo de Teruel<sup>7</sup>.

—¿Y tú?

—De Archena<sup>8</sup>.

—¿Acabó el curso?

—Eso dicen. ¿Qué haces aquí?

—Al Centro.

---

<sup>7</sup> La batalla de Teruel empezó con la ofensiva republicana contra el municipio aragonés a mediados de diciembre de 1937, seguida de una contraofensiva franquista a finales del año, que resultó victoriosa el febrero siguiente (Thomas, 2018, 847-853).

<sup>8</sup> Archena es un municipio en provincia de Murcia donde, durante la Guerra Civil, el Ejército Popular estableció una base de tanques, que también sirvió como escuela de entrenamiento para carristas, y un aeródromo, utilizado ocasionalmente como escuela de cazas. En ambos casos fue crucial la ayuda soviética, que contribuyó con aparatos y personal militar especializado (Medina Tornero, 2017, cap. 10). En *Campo de sangre*, Herrera, ya capitán tanquista, recuerda precisamente sus «clases de perfeccionamiento en Archena» (Aub, 2002, 362).

—Seguramente en el aparato que me ha traído.

—¿Bien?

—Regular. ¿Tienes coche?

—No.

—Ya avisaron a transportes. El tiempo que suba.

—¿Y los otros?

—Toma algo.

La moza había salido,\* la copita en la mano, cogido el pie entre el índice y el medio, a lo camarero.

—¿Qué hay?

—¿Anís o coñac?

—Coñac. ¿Qué noticias?

—Si siguen así llegarán a Vinaroz. Se han metido por el Maestrazgo como Pedro por su casa<sup>9</sup>.

Nos sentamos.

—¿Y los otros?

—Ya los verás.

—No sé si me dará tiempo. Supongo que nos mandan más abajo de Caspe<sup>10</sup>.

—Lo peor es el pesimismo de Prieto<sup>11</sup>.

---

<sup>9</sup> Esta frase confirma que la acción del relato remonta al inicio de la ofensiva del Maestrazgo. El avance de los nacionales, que en un primer momento fu efectivamente rápido, se detendría a finales de abril, debido a los cambios meteorológicos y a la enérgica resistencia republicana (Thomas, 2018, 878-879). El Herrera de *Campo de sangre* afirma con optimismo que «Líster y Modesto resistirán seguramente en el macizo de Beceite. Por el Maestrazgo no podrán pasar» (Aub, 2002, 365).

<sup>10</sup> Entre el 16 y el 17 de marzo de 1938, la villa zaragozana de Caspe, donde el general republicano Vicente Rojo había reunido a las Brigadas Internacionales, fue teatro de una dura batalla, ganada al final por las tropas nacionalistas (Thomas, 2018, 859-860). En *Campo de sangre*, Herrera muere de un cañonazo el 14 de marzo, justo mientras se dirige hacia Caspe (Aub, 2002, 371).

<sup>11</sup> Otra marca cronológica importante, considerado que Indalecio Prieto, ministro de Defensa, salió del gobierno republicano a comienzos de abril de 1938, debido a sus crecientes conflictos acerca de la línea política y militar con Negrín, que pensaba destituirlo, y los comunistas.

Entra un mecánico.

—Chica, calienta esto.

Le tiende una fiambarrera de aluminio.

—¿Hay algo para comer? —pregunta Herrera.

—Solo de encargo.

La muchacha se alza a coger una cerilla de una caja sucia, en el reborde de la campana de la chimenea, donde se empolvan cuatro frascos medio vacíos y la cajita de cartón de un medicamento, desencolada del humo, y\* de la humedad, del tiempo.

—¿Así que...?

—Dieron los\* cursos por acabados. Todos hemos salido con destino, lo mismo los que estábamos hace cuatro meses que los que solo han estado dos.

—¿Y hay tanques?

—Eso dicen.

—Tú, ¿qué\* crees?

—Podremos con ellos.

Entra un mecánico.

—Ahí\* afuera le esperan, mi capitán.

---

Sobre el conocido derrotismo de Prieto, Thomas (2018, 873) apunta que el ministro «[no] indicó qué otra cosa podía hacerse salvo continuar la guerra, si los nacionalistas exigían la rendición incondicional, puesto que en definitiva las negociaciones personales entre Prieto y Franco habían fracasado. Lo cierto es que Prieto se sentía agotado por la guerra y por las continuas discrepancias personales con los comunistas». En *Campo de sangre* Aub incluyó un recuerdo de la manifestación de marzo de 1938, liderada por los comunistas, que pidió la destitución de Prieto; Sirera Miralles (2012, 127-128) conjetura que precisamente aquellas páginas de la novela pudieron determinar la expulsión de Aub del PSOE en 1946, junto con el ex primer ministro y otros 34 negrinistas (véase también *Manuscrito cuervo*, nota 42, pág. 215). Desde luego, el juicio de Aub sobre la actuación de Prieto durante la Guerra Civil (y en el exilio) se mantuvo invariable a lo largo de las décadas: en la entrada de su diario del 7 de mayo de 1953 comentó por ejemplo que «Prieto es uno de los hombres más funestos que ha tenido España» (Aub, 1998, 225).

Nos levantamos y salimos al hangar. Por el intersticio de las inmensas moles correderas que ahora lo cierran, a la luz incierta del amanecer, la lluvia se hace visible. Prestando atención se oye la gran sábana del agua cayendo sobre la tierra.

Es el coche.

—Seguramente, con este tiempo, no saldréis hasta dentro de unas horas. ¿Quieres algo?

—No. Nada. Nadie sabe que cruzo.

—Quédate. ¿Para qué te vas a mojar?

Nos abrazamos. Me rehíla cierta comezón sensibilera. La combato y me tengo en menos.

—Salud.

—Salud.

Un portazo y el ronquido carraspeante del arranque.

—¡Vaya cacharro! —dice el mecánico.

Me vuelvo a la cocina. No sé por qué me da la corazonada que no nos volveremos a ver. ¿Él o yo? Tal vez los dos. La culpa la tiene la lluvia. No es posible que lleguen a Vinaroz. Los detendremos en el Maestrazgo.